

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

Caer y volver a levantarse. La situación de Montoneros entre fines de 1970 y comienzos de 1972.

Lanusse, Lucas (Universidad de San Andrés).

Cita:

Lanusse, Lucas (Universidad de San Andrés). (2007). *Caer y volver a levantarse. La situación de Montoneros entre fines de 1970 y comienzos de 1972. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/695>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI° JORNADAS INTERESCUELAS/ DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Mesa N° 43: "Las izquierdas en la Argentina en el siglo XX. Reflexiones en torno a sus dimensiones social, política, intelectual y cultural: 30 años (1943-1976).

Título de la ponencia: "Caer y volver a levantarse. La situación de Montoneros entre fines de 1970 y comienzos de 1972"

Autor: Lucas Lanusse

Institución: Universidad de San Andrés (cursando el doctorado)

Caer y volver a levantarse

La situación de Montoneros entre fines de 1970 y comienzos de 1972

1. Introducción

En *Montoneros, el mito de sus doce fundadores*, reconstruí el origen de la organización guerrillera. Señalé que el mismo había sido el producto de la fusión de por lo menos cinco grupos distintos, a los que denominé *Grupo Fundador*, *Grupo Sabino*, *Grupo Santa Fe*, *Grupo Córdoba* y *Grupo Reconquista*. Expliqué a su vez que cada uno de ellos surgió a partir de un largo recorrido militante, que tuvo su punto de partida en lo que llamé el *ámbito* del catolicismo renovador de comienzos de la década de 1960. En una segunda etapa, el recorrido pasó por el *círculo* del cristianismo revolucionario, que cobró vigencia sobre todo a partir del golpe de junio de 1966. Finalmente, entre 1969 y 1970 se conformaron los *grupos* político-militares, cuya fusión derivó en el nacimiento de Montoneros¹. Todos tenían en común al socialismo como objetivo, el peronismo como identidad y la lucha armada como método de acceso al poder. En ese sentido, abrevaban en las ideas del peronismo revolucionario –particularmente en John William Cooke–, que a su vez reconocía una importante influencia de la Revolución Cubana.

El nacimiento público de Montoneros tuvo lugar el 29 de mayo de 1970, cuando el *Grupo Fundador* secuestró y ejecutó al ex presidente de facto Pedro Eugenio Aramburu. El 1° de julio del mismo año la organización dio su segundo golpe, nuevamente de características espectaculares. En esa ocasión, varios comandos coparon la población cordobesa de La Calera. Tras ese operativo, comenzó para Montoneros una etapa de serios traspiés, que incluyeron el descubrimiento de gran parte de su infraestructura, la detención de muchos de sus integrantes y la muerte de tres de sus principales jefes. El último de los grandes reveses de aquellos tiempos

¹ Lanusse, Lucas: *Montoneros, el mito de sus doce fundadores*, Buenos Aires, Vergara, 2005.

fundacionales se produjo el 7 de septiembre de 1970, en lo que se conoció como el “combate de William Morris”².

En los meses siguientes, la agrupación guerrillera comenzó a reorganizarse, sobre la base de lo que quedaba de los *grupos originales*. Apelando sobre todo a las redes políticas y sociales tejidas en los años previos, hacia fines de 1970 y comienzos de 1971 Montoneros ya había logrado hacer pie nuevamente, lo que se tradujo en operativos militares más o menos simultáneos en Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe, Tucumán y Salta. Ese fue el punto en el que dejó la historia de Montoneros en *El mito de sus doce fundadores*.

El período que sigue a los primeros meses de vida de la organización guerrillera es probablemente el menos conocido de su historia. En su libro *Soldados de Perón*, Richard Gillespie lo trata muy superficialmente. Luego de comentar la designación de Héctor Cámpora como delegado del líder exiliado en noviembre de 1971, el autor inglés señala:

“Entretanto, los Montoneros se habían estado reorganizando después de su descalabro de La Calera. José Sabino Navarro tomó posesión de la jefatura de la organización después de la muerte de Abal Medina y Ramus (en William Morris). Se trasladó a Córdoba y trabajó diecisiete horas diarias para reconstruir allí la red montonera, además de viajar a menudo como enlace nacional. ... el esqueleto montonero comenzaba a tomar cuerpo y se transformó en una organización nacional”³.

Otras pocas y escuetas referencias se le suman a estos datos, lo cual es doblemente sugestivo si se tiene en cuenta que los mismos contienen un error: de acuerdo a numerosos testimonios, el traslado de Sabino Navarro a Córdoba no se produjo en septiembre de 1970 sino en junio de 1971⁴.

El ex jefe montonero Roberto Cirilo Perdía, por su parte, sostiene que durante 1971 la organización no existió como tal, siendo en realidad una suerte de “federación” conformada por pequeños grupos sin coordinación. Aún así, prácticamente no aporta datos concretos para ilustrar su afirmación⁵. Otro de los escasísimos autores que trata la historia de Montoneros en

² Se trató de un espectacular tiroteo en la localidad de William Morris, ocurrido el 7 de septiembre. En el mismo perdieron la vida los montoneros Fernando Abal Medina y Carlos Gustavo Ramus.

³ Gillespie, Richard: *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987, p. 137.

⁴ No es mucho más lo que el autor inglés aporta respecto al período: el intento de organizar las Organizaciones Armadas Peronistas (OAP) junto a FAR, FAP y Descamisados –aportando nuevamente escasísimos datos– y un somero análisis sobre la naturaleza de la actividad montonera y sobre la tendencia al “culto al mártir”, basado en unos pocos operativos y sucesos ocurridos entre 1971 y 1972. Luego pasa a la “explosión” ocurrida entre 1972 y 1973.

⁵ Perdía, Roberto Cirilo: *La otra historia. Testimonio de un jefe montonero*, General Roca, Grupo Agora, 1997.

forma más o menos integral –en este caso Juan Gasparini- apenas hace referencia al período previo a 1973⁶. Al margen de estos relatos, existen una serie de libros testimoniales cuya utilidad como “piezas” es indudable pero que están muy lejos de dar un panorama más o menos acabado del “rompecabezas” a armarse sobre la realidad de Montoneros a nivel nacional en la etapa que nos interesa⁷.

Un síntoma inequívoco de los vacíos que presenta el año y medio posterior a William Morris en la vida de Montoneros es que ese período es casi sin excepción presentado como parte de uno más extenso, que llegaría hasta mayo de 1973. Ello a pesar de que los autores reconocen unánimemente que a partir del segundo semestre de 1972 comenzó para la organización una etapa que poco tuvo que ver con su situación previa: la etapa de la JP Regionales, del “Luche y vuelve”, de la campaña electoral; en suma, un período de crecimiento vertiginoso, en el cual decenas de miles de jóvenes se referenciaban en Montoneros.

Estas constataciones conducen a una serie de interrogantes aún sin respuesta: ¿cuál fue la realidad de la organización después de William Morris y antes de la “explosión”? ¿cómo pudo subsistir una vez que perdió el “factor sorpresa” y antes de transformarse en un actor poderoso de la escena política nacional? ¿sobre qué base logró engrosar geoméricamente sus filas y llevar la voz cantante en multitudinarias manifestaciones? Finalmente, ¿había algún elemento que hiciera presagiar el promisorio futuro cercano? El presente trabajo indaga en el período que va de fines de 1970 a comienzos de 1972, intentando encontrar pistas para obtener respuestas a estas preguntas, poniendo el énfasis sobre todo en el “aparato” de Montoneros. Como escenario de fondo, cabe destacar que fueron tiempos de cambios drásticos en la política nacional y en el gobierno de la Revolución Argentina. La ola de contestación generalizada derivó en la caída del presidente Levingston en marzo de 1971. Lanusse, su sucesor, se vio obligado a intentar una apertura política que encauzara el malestar social y aislara a los sectores más radicalizados, entre ellos la guerrilla. Ello, a grandes trazos, implicó el lanzamiento del Gran Acuerdo Nacional y la convocatoria a elecciones por una parte y el endurecimiento de la lucha contra las organizaciones armadas y clasistas por el otro.

⁶ Gasparini, Juan: *Montoneros. Final de cuentas*, La Plata, De la Campana, 1999.

⁷ Por ejemplo: Vaca Narvaja, Gustavo / Furgón, Fernando: *Fernando Vaca Narvaja, con igual ánimo*, Buenos Aires, Colihue, 2002 y Amorín, José: *Montoneros: la buena historia*, Buenos Aires, Catálogos, 2005.

2. La Federación⁸

Hacia fines de 1970 y comienzos del año siguiente, Montoneros tenía una presencia más o menos relevante en cuatro puntos geográficos diferentes: 1° Capital Federal y el Gran Buenos Aires; 2° Santa Fe; 3° Córdoba; y 4° el Noroeste, concretamente Tucumán y Salta. Desde que habían comenzado las conversaciones de los *grupos originales* para integrarse en una única agrupación –en algunos casos hacía varios años–, cada una de estas regiones defendió y mantuvo una gran dosis de autonomía. Los principales motivos de esa política fueron cierta dosis de desconfianza de los grupos del interior para con Buenos Aires –alimentada por la frustrante experiencia previa de varios de ellos con las FAP⁹– y algunos desacuerdos ideológicos entre los distintos proyectos. En este último sentido, había diferencias relevantes en lo que hacía a la caracterización del Movimiento Peronista, al rol de Perón y la guerrilla en la guerra revolucionaria y a la forma de vincular la lucha armada con los frentes de masas.

Tras los desastres ocurridos entre julio y septiembre de 1970, la tendencia a la autonomía regional se vio reforzada. Ello respondió justamente a la necesidad de hacer frente a cuestiones locales urgentes y a la imposibilidad práctica de los distintos *grupos* de tomar

⁸ Muchos de los datos de este punto y de los que siguen (sobre todo aquella información que difícilmente aparezca en diarios, revistas o documentos), se obtuvo de las siguientes entrevistas del autor:

a) Marta Rodríguez, Santa Fe, enero 2006. Ingresó a Montoneros a mediados de 1970 y en los años siguientes militó en la ciudad de Santa Fe.

b) Antonio Riestra, Santa Fe, enero 2006. Ingresó a Montoneros a comienzos de 1970 y militó en la ciudad de Santa Fe hasta su detención en febrero de 1971.

c) Guillermo Martínez Agüero, Mendoza, febrero 2006. Ingresó a Montoneros a mediados de 1970. Participó en la toma de La Calera y en los años siguientes militó en Río Cuarto, San Luis y Mendoza. Formó parte de la Conducción Regional de Cuyo.

d) José Amorín, Buenos Aires, mayo 2005 y diciembre 2005. Ingresó a Montoneros a comienzos de 1970 y en los años siguientes militó en la zona norte y oeste del Gran Buenos Aires.

e) Roberto Cirilo Perdía, Buenos Aires, mayo 2005 y noviembre 2005. Ingresó a Montoneros a mediados de 1970 y hasta abril de 1972 militó en la ciudad de Salta. Formó parte de la Conducción Regional del Noroeste y de la Conducción Nacional a partir de su conformación a fines de 1971.

6. Elvio Alberione, Buenos Aires, diciembre 2005. Se incorporó a Montoneros a comienzos de 1970 y en los años siguientes militó en Córdoba. Formó parte de la Conducción Regional de Córdoba.

⁹ Varios de los grupos originales habían pertenecido originalmente a las FAP o habían iniciado conversaciones para integrarse a esa organización, pero en todos los casos el proceso se había visto interrumpido porque las FAP exigían un grado de subordinación inadmisibles para la gente del interior. La conducción de las FAP, por ejemplo, se disgustaban si una operación armada se firmaba con ese nombre sin autorización. La política de Montoneros fue muy distinta en ese sentido. En un reportaje a algunos de sus dirigentes publicado en abril de 1971, se les preguntó si habían tenido alguna relación con la ejecución del sindicalista José Alonso en agosto del año anterior, ya que el comunicado emitido por los autores de la operación estaba firmado por un “Comando Montonero Maza”. La respuesta fue contundente: “... el nombre de nuestra organización corresponde a la historia argentina, y... fue creado por aquellos que disputaron las primeras luchas nacionales y populares por nuestra independencia en el siglo pasado. Por lo tanto no nos consideramos propietarios entre comillas, del sello y sostenemos que montonero es todo aquel que lucha sin cuartel por las banderas populares con todos los medios que su puesto de acción le ofrece. De esta manera, todo argentino honesto que participe de nuestra lucha, tiene derecho a llamarse montonero y cuenta con nuestro apoyo y solidaridad”⁹. (“El llanto del enemigo”, en Revista *Cristianismo y Revolución* N° 28, abril 1971).

contacto entre ellos. De esa manera, se impuso en forma natural la idea de afianzar cada una de las regiones –futuras “regionales”- antes de encarar un trabajo de unificación y coordinación. Por ese motivo, durante bastante tiempo Montoneros no llegó a contar con una estructura nacional sólida y articulada. Tampoco puede hablarse en aquel entonces de una auténtica “conducción nacional”, en condiciones de dar órdenes que llegaran a todos los rincones del país. Por otra parte –y tal como veremos en el punto 6- cuando a mediados de 1971 la organización nacional comenzaba a emerger con alguna nitidez, una serie de caídas dificultaron y retrasaron nuevamente el proceso.

En Capital Federal y el Gran Buenos Aires, la base sobre la cual se comenzó a rearmar Montoneros fueron las infraestructuras del *Grupo Sabino* y de la célula porteña del *Grupo Fundador*. En este último caso, los daños post-Calera habían sido enormes, pero para el *Grupo Sabino* las consecuencias se habían limitado a la identificación de su jefe y de una casa quinta que servía para esconder gente y armas. En aquel tiempo, en Buenos Aires estaba radicado el mayor número de combatientes montoneros y era allí donde solían tomarse las principales decisiones¹⁰. También sería esta región la que más rápidamente crecería durante 1971 y la que lograría el mayor desarrollo en diferentes frentes de masas¹¹. Por otra parte, por tratarse de una ciudad de millones de habitantes, permitía el anonimato y hacía que las condiciones de seguridad fueran mucho más convenientes que en el resto del país. De hecho, después de Calera varios montoneros cordobeses se instalaron en el Gran Buenos Aires. El responsable montonero de la zona era José Sabino Navarro, aunque por sus permanentes viajes al interior su lugar solía ser ocupado por Carlos Hobert y Mario Firmenich.

En Santa Fe, el armado de Montoneros se asentó sobre las bases creadas en los años previos por el *Grupo Santa Fe*, sobre todo a través de las actividades del *Ateneo Santa Fe*, organización estudiantil de la Universidad del Litoral. Ello le permitió a la organización armada contar con una infraestructura y una fuente de reclutamiento de militantes relativamente importante. Tras la caída de Mario Ernst en julio de 1970, fue designado responsable de la zona el también ex ateneísta Ricardo René Haidar. Hacia mediados de 1971, desde Santa Fe se enviaron militantes a Rosario y se iniciaron o reforzaron los contactos con el resto de las provincias del Litoral y del noreste¹².

¹⁰ Esto último se debía fundamentalmente al hecho de que la Capital era el centro neurálgico de la política del país. Es una constante en los testimonios de la gente del interior la exasperación que provocaba el hecho de que Buenos Aires apareciera con decisiones tomadas, que finalmente terminaban acatándose como “hecho consumado”.

¹¹ En ese sentido, era común el envío de militantes a diferentes partidos del Gran Buenos Aires para intentar establecer vínculos políticos e iniciar un trabajo “de superficie”.

¹² Los testimonios mencionados (y otros de militantes que ingresaron a Montoneros a partir de 1972) coinciden en señalar a Raúl Yager, proveniente del *Grupo Santa Fe*, como el responsable de organizar a

Córdoba, al igual que Santa Fe, contaba con una importante experiencia de militancia barrial y en menor medida sindical previa a la aparición de Montoneros, desarrollada en este caso por el *Grupo Córdoba*. Aquel trabajo, que había sido encabezado sobre todo a partir de la *Agrupación Peronista Lealtad y Lucha* –luego *Peronismo de Base*–, sufrió un grave deterioro tras La Calera. No obstante ello, pocos meses después Montoneros pudo comenzar a reorganizarse. El responsable de la región era Alejandro Yofre y la estructura de la provincia contaba además con algunos cuadros en la cercana ciudad de Río Cuarto. Hacia comienzos de 1971, desde Córdoba se decidió impulsar el asentamiento de Montoneros en San Luis, San Juan y Mendoza, tarea que le fue encomendada a Alberto Molinas junto a un pequeño grupo de guerrilleros.

En el noroeste del país sirvió de base para organizar a la guerrilla el trabajo que venía realizando en la zona el *Grupo Reconquista*, que originalmente había formado parte de las FAP. El noroeste –particularmente Tucumán– fue la región que recibió en proporción el mayor número de cuadros provenientes de otras zonas del país. Los responsables en Salta y Tucumán eran Roberto Cirilo Perdía y Fernando Vaca Narvaja respectivamente.

Por aquel tiempo, en cada uno de estos lugares había en general no menos de quince y no más de treinta combatientes. Los mismos contaban a su vez con algunos contactos con dirigentes de los frentes de masas, ya sea en el ámbito universitario, sindical o barrial. Muchos de esos contactos venían de los años previos, mientras que otros comenzaron a tejerse en aquel entonces. El prestigio de Montoneros a partir del Aramburazo facilitaba la tarea, pero la misma se veía a su vez dificultada por las condiciones de vida de los militantes de una organización clandestina.

Por la precariedad de la situación de Montoneros, los contactos entre las diferentes regiones no eran demasiado frecuentes. Durante bastante tiempo, incluso, no hubo un sólo encuentro entre representantes de todos los *grupos*. Las reuniones solían involucrar sólo dos regiones y no eran periódicas ni pautados con demasiada antelación¹³. En los encuentros entre

Montoneros en las provincias del noreste. Lo más probable es que el armado se haya realizado sobre todo desde la ciudad de Resistencia.

¹³ De acuerdo al testimonio de Roberto Perdía, muchas veces los contactos se originaban a partir de una necesidad individual: por ejemplo, alguien de Tucumán iba Buenos Aires por un tema personal –trabajo, salud, familia– y a partir de las redes establecía el contacto con la gente de Buenos Aires. Luego se llevaba a cabo el encuentro y se combinaban nuevas reuniones para el futuro. Siguiendo con el caso planteado, el militante proveniente del noroeste era informado de que en determinada fecha alguien de Buenos Aires estaría en Tucumán, por lo cual se arreglaba una cita a una hora y en un lugar determinados, con una contraseña para reconocerse. En general, el encuentro se reaseguraba con una segunda cita que solía ser en el mismo lugar pero en otro horario u otro día. En la fecha indicada, el emisario de Buenos

militantes de diferentes regiones, se trataban casi siempre los mismos temas. Uno de los más recurrentes era el de la necesidad de trasladar un militante de una región a otra. Tal situación podía producirse porque ese guerrillero había sido recientemente identificado como tal por las autoridades, para reforzar una zona decaída o por una combinación de ambas circunstancias. También se utilizaban las reuniones para hacer conocer un documento o un proyecto de documento, con el objeto de difundirlo o recabar la opinión del resto. En algunas ocasiones, se aprovechaba además para pedirles a los militantes de una región parte del dinero que hubieran obtenido con motivo de un asalto. Finalmente, se intercambiaban experiencias sobre la forma en que cada uno se organizaba para ir encontrando la manera más conveniente de operar con éxito y relacionarse con referentes de los frentes de masas, de los cuales la guerrilla pretendía ser la vanguardia.

Paradójicamente, el celo con el que se resguardó la autonomía de cada lugar –que, como se explicó, respondía en gran medida a una necesidad-, resultó en última instancia en un indudable acierto organizativo: por un lado, permitió que se mantenga la “armonía” entre el interior y Buenos Aires¹⁴; por el otro, derivó en que cada región focalizara su energía en reorganizarse a sí misma. Limitar los contactos al mínimo indispensable disminuía además los riesgos para el resto ante eventuales caídas en una de las regiones.

3. La vida del guerrillero, las Unidades Básicas de Combate (UBC) y los operativos armados

El estilo de vida de los integrantes de Montoneros era bastante particular, aunque no diferente al del resto de las organizaciones armadas. Muchos de ellos estaban “clandestinos”, debido a que habían sido identificados como guerrilleros y eran buscados por las fuerzas de seguridad. Incluso, estaban aquellos cuyas fotos habían recorrido el país en diarios y revistas o en carteles con la leyenda de “buscado”. Tal era el caso de Mario Firmenich, Norma Arrostito y Carlos Capuano Martínez a partir del develamiento de la trama del secuestro de Aramburu. Los tres permanecían en libertad en la zona de del Gran Buenos Aires, pero con los movimientos sumamente restringidos. Los clandestinos debían cambiarse el nombre a todos los efectos. Ante sus vecinos, o si tenían necesidad de identificarse en algún lugar, utilizaban un nombre ficticio. Debido a que durante bastante tiempo la logística de Montoneros fue precaria, muchos de ellos

Aires viajaba y esperaba en el lugar y momento convenidos, se lo buscaba en la cita y se lo llevaba “tabicado” al lugar de la reunión. Siempre existía el riesgo de que por diversas circunstancias hubiera un “desenganche” y el proceso debiera comenzar nuevamente.

¹⁴ Podría decirse que los debates quedaron postergados ante la necesidad imperiosa de subsistir y reorganizarse. Eso provocó en el mediano plazo varios cortocircuitos entre distintos sectores de Montoneros, pero en el corto plazo permitió cierta “armonía”.

debieron esperar semanas e incluso meses para obtener un documento falso aceptable, por lo cual por lo general ni siquiera salían a la calle.

Además de los clandestinos, estaban aquellos individualizados por los servicios de inteligencia por motivos vinculados a su militancia pero sobre los que no pesaba orden de captura. Ante el riesgo de que atrajeran a las fuerzas de seguridad, estos guerrilleros –a los que llamaremos “semilegales”- también limitaban mucho sus movimientos públicos. Finalmente, había montoneros “legales”, que eran los que no habían sido vinculados de ninguna manera a la militancia y/o a la guerrilla. Estos últimos tenían mayor libertad de movimientos que el resto, pero a su vez solían ser los de menor jerarquía y experiencia.

La idea era que todos los montoneros aparentaran una vida normal. Los legales y semilegales solían tener un trabajo y se procuraba que los clandestinos mantuvieran por lo menos una “fachada” de trabajo. Muchas veces, esto último se limitaba a salir y volver al hogar a la misma hora, debiendo tener el guerrillero un lugar adonde recalar en el tiempo intermedio. Existía en consecuencia un total desdoblamiento en las vidas de estos militantes, que en algunos casos llegaba al extremo de trabajar para el gobierno por un lado y realizar operativos armados para desestabilizarlo por el otro¹⁵.

En la relación entre los guerrilleros regía el principio de “compartimentación”. El mismo consistía en que cada uno conocía la información estrictamente necesaria para funcionar dentro de la organización, pero nada más. Todos los guerrilleros tenían en consecuencia un “nombre de guerra” por el cual eran conocidos entre sus compañeros. La idea era que si las autoridades apresaban a alguien, el daño potencial ante una confesión o ante el “atado de cabos” quedara reducido al mínimo¹⁶.

Salvo casos excepcionales, los guerrilleros no compartían sus viviendas con gente que no perteneciera a la organización. Para no levantar sospechas, se procuraba que en estas “casas operativas”¹⁷ no hubiera movimientos extraños, tales como ingreso y egreso permanente de

¹⁵ Tal era por ejemplo el caso de Roberto Perdía, quien trabajaba en la Dirección del Aborigen de la provincia de Salta. Curiosamente, con motivo de ese trabajo recorría periódicamente en el avión de la provincia las comunidades aborígenes, por lo cual conocía los puestos de la gendarmería y otros datos relevantes, de los cuales tomaba nota para el eventual establecimiento de un foco de guerrilla rural.

¹⁶ Por eso, cuando se organizaban reuniones, a aquellos que no conocían el lugar en donde se realizaría se los llevaba “tabicados”, lo cual normalmente consistía en recogerlos en automóvil en determinado lugar y llevarlos mirando el piso. La compartimentación llegaba al extremo de que, idealmente, ningún montonero debía conocer el verdadero nombre de otro montonero, ni dónde vivía, ni su lugar de trabajo.

¹⁷ Todos los militantes hablan de “casas operativas” pero no necesariamente coinciden en su definición. Algunos llaman así a las casas en donde vivían sólo montoneros –ese es el sentido que utilizo en el texto-, mientras que otros las reducen a las que reúnen esa condición pero además son utilizadas como punto de

gente, reuniones demasiado seguidas o numerosas y cualquier otra contingencia que pudiera delatarlos.

Existían, por fuera de los integrantes de la organización, lo que normalmente se conocía como “colaboradores”. Muchas veces se trataba de gente que se prestaba a ayudar más por un lazo afectivo con determinado militante -un pariente cercano o un amigo por ejemplo-, que por convicción política. Por lo general se recurría a los colaboradores para solucionar un problema concreto, como esconder armas, alojar durante un período a un militante clandestino o alquilar una casa.

Los guerrilleros montoneros se organizaban en células de por lo menos cuatro o cinco combatientes, que a comienzos de 1971 fueron denominadas “Unidades Básicas de Combate” (UBC). Cada UBC ocupaba un determinado territorio, lo cual no necesariamente implicaba que todos sus integrantes vivieran en el lugar, pero sí que –salvo contadas excepciones- realizara los operativos armados en esa jurisdicción.

En los primeros meses de 1971 las UBC no eran demasiado numerosas. En las ciudades más grandes y con mayor historial montonero -como Buenos Aires o Córdoba- podía haber tres o cuatro, mientras que en las más pequeñas o con menor presencia de la organización -como Salta o Mendoza- funcionaba una única UBC. Para operativos de determinada envergadura, era habitual que se juntaran dos o más unidades¹⁸.

La organización de Montoneros era jerárquica: cada UBC contaba con un jefe, que era el que daba las órdenes. En teoría, el jefe era el único que estaba en condiciones de ubicar al resto de los integrantes de la célula. Normalmente, los miembros una unidad se reunían cada una o dos semanas, o más seguido en caso de que tuvieran que preparar un operativo armado. Para contactarse entre ellos o con otra unidad se recurría a “citas”. En general, en una cita se combinaba el encuentro siguiente, y así sucesivamente¹⁹.

encuentro habitual de guerrilleros. Una actividad típica dentro de las casas operativas era la construcción de “embutes”, es decir depósitos ocultos en el piso, en las paredes o en algún mueble destinados a esconder armas, dinero y documentos. Desde ya, se buscaba que fueran difíciles de detectar.

¹⁸ Por caso, una UBC de Tucumán y la única UBC que existía en Salta solían realizar operativos conjuntos.

¹⁹ Además, en Buenos Aires se utilizaban “teléfonos de seguridad”. En aquel tiempo, era una práctica muy habitual que la gente, mediante publicaciones en los diarios, alquilara sus teléfonos a un tercero para pasarle mensajes. Los guerrilleros aprovechaban ese servicio para comunicarse regularmente, o para asegurarse el contacto en caso de quedar “desenganchados”. De tal manera, llamaban al teléfono alquilado previamente y le decían al dueño del mismo: “si llama tal persona, dígame que tal día a tal hora voy a estar en tal lugar”. Desde ya, los datos se pasaban en clave.

Los operativos armados que realizaban las UBC eran planeados con extrema minuciosidad. Por lo pronto, el objetivo era “chequeado” durante varias semanas²⁰. En el caso de un banco, por ejemplo, se tomaba nota del horario de apertura y cierre, cantidad de clientes promedio en diferentes horarios, sistemas de seguridad, cantidad y ubicación de los guardias, armamento que portaban, etc. También se estudiaban las posibles vías de escape y se calculaba cuánto tiempo podrían demorar las fuerzas de seguridad en arribar al objetivo una vez que hubieran sido advertidos del ataque.

Recabada la información suficiente, se realizaban reuniones de planificación, procurando no dejar nada librado al azar. En el caso del asalto a un banco, se necesitaba como mínimo un vehículo y dos guerrilleros como “contención” –uno se quedaba en el auto y el otro se bajaba con un arma de potencia escondida, mirando en la dirección en que debían llegar las fuerzas de seguridad-, un segundo vehículo con chofer que esperaba frente al objetivo y no menos de tres o cuatro guerrilleros para ingresar al lugar, reducir a los guardias y llevarse el dinero.

La clave de la actividad guerrillera era el factor sorpresa. Como indicaban todos los manuales de guerra de guerrillas que circulaban en la época, la única posibilidad de una fuerza infinitamente menor a la del enemigo de operar con éxito era concentrar gran parte de la tropa propia en un lugar y momentos determinados. Por el mismo motivo, el operativo debía ser muy rápido. “Concentración y dispersión” y “golpear y desaparecer” eran dos principios que sintetizaban la metodología armada. Por ese motivo, en los tiempos iniciales en general se elegían blancos relativamente aislados y no demasiado ambiciosos. La idea era huir rápidamente y sumergirse nuevamente en la “oscuridad” de la vida clandestina. El ejemplo típico de la aplicación de estos principios era el asalto a comisarías. Un enfrentamiento mínimamente abierto entre Montoneros y –por ejemplo- la policía de la Provincia de Buenos Aires, sólo podía culminar en el aniquilamiento casi instantáneo de los guerrilleros. En cambio, un grupo de siete u ocho guerrilleros atacando una comisaría en el conurbano bonaerense, en un operativo que demandara unos pocos minutos, era una experiencia habitual y casi indefectiblemente exitosa. Estos copamientos eran considerados pequeños triunfos en el largo camino de la guerra revolucionaria²¹.

²⁰ Si, por ejemplo, se trataba de asaltar un banco, se pasaba caminando frente al mismo, se tomaba un café en un bar cercano, una pareja se abrazaba cariñosamente en la vereda de enfrente y se ingresaba con la excusa de averiguar algo. En las actividades de chequeo, los militantes eran rotados para no generar sospechas.

²¹ Por aquel tiempo, incluso, no se atacaban destacamentos en la Capital Federal, ya que se consideraba que la Policía Federal estaba más preparada y los tiempos en que una comisaría podía recibir auxilio eran menores. Al margen del factor sorpresa, no era mucho más lo que se podía hacer para cuidar la seguridad

Durante un tiempo, las organizaciones guerrilleras realizaban operativos armados sin identificarse. Montoneros, antes de darse a conocer públicamente, no había sido la excepción. Esto se debía a que se consideraba que la agrupación -por carecer de la suficiente experiencia e infraestructura- no estaba preparada para afrontar el riesgo de identificarse. Al no firmar las acciones, se pretendía que las autoridades y la población creyeran que las mismas eran realizadas por delincuentes comunes. Durante el tiempo del anonimato, las operaciones tenían fundamentalmente dos objetivos: ir fogueando a los cuadros en el combate y proveerse de dinero, armas y otros elementos que permitieran armar una infraestructura adecuada a los planes de la guerrilla.

En el caso de los grupos que confluyeron en Montoneros, desde fines de 1969 comenzaron a firmar las acciones como “comandos”, hasta que en mayo de 1970 se produjo el secuestro de Aramburu y por primera vez se firmó como “Montoneros”. La firma de una operación se hacía de diversas maneras, que muchas veces se superponían: la realización de pintadas o el lanzamiento de panfletos en el lugar del hecho, el envío de comunicados a los medios o la simple identificación verbal en el momento de la operación.

Con la firma de las acciones se pretendía -además de adquirir experiencia y logística- realizar lo que se denominaba “propaganda armada”. La propaganda armada consistía en dar a conocer a la organización, divulgar sus ideas, demostrar que era capaz de operar con éxito y dejar en evidencia la impotencia de las autoridades para hacerle frente. El objetivo era “generar conciencia” en las masas y que éstas -poco a poco- fuera reconociendo a la fuerza guerrillera como la vanguardia capaz de llevar adelante la guerra revolucionaria para la toma del poder. En definitiva, se buscaba acelerar la creación de las “condiciones objetivas y subjetivas” para el triunfo revolucionario.

Dentro de las necesidades planteadas deben leerse todas las operaciones armadas llevadas a cabo por Montoneros durante 1970 y 1971. Las armas eran indispensables para operar, y para obtenerlas se asaltaba a policías en la calle o se copaban comisarías y puestos de vigilancia de organismos públicos o empresas privadas. Entre los muchos operativos de este tipo pueden mencionarse el asalto al puesto de vigilancia del Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI) en Córdoba en noviembre de 1970²², el desarme a un policía frente a la quinta

en el momento del operativo. Una práctica habitual era que al momento de operar los guerrilleros se pusieran pegamento en las yemas de los dedos para no dejar huellas dactilares.

²² Revista *Cristianismo y Revolución* N° 27, enero-febrero 71, p. 25

presidencial de Olivos un mes más tarde²³ y el copamiento de un local policial en Tucumán en marzo de 1971²⁴. En estos casos, muchas veces los guerrilleros se llevaban además prendas de los uniformes policiales que eran utilizados para despistar en operaciones futuras. El bautismo de fuego de los guerrilleros que se iban incorporando a la organización era casi siempre el desarme a un policía en la calle, mediante el cual el novato obtenía su propia arma.

El dinero se necesitaba para comprar o alquilar casas, para la vida cotidiana y eventualmente para adquirir armas u otros elementos logísticos. Para obtenerlo se asaltaban bancos o empresas, lo que además permitía sustraer las armas de los guardias apostados en el lugar. Así sucedió en el robo al Banco de Hurlingham en Villa Bosch en enero de 1971²⁵, en el asalto de una planta industrial en Córdoba en febrero²⁶ y a un banco en Villa Ballester en junio del mismo año²⁷.

Además de dinero y armas, muchas veces eran precisos documentos de identidad, registros de conducir y libretas de enrolamiento, que para los guerrilleros clandestinos resultaban indispensables²⁸. Con esa finalidad Montoneros asaltó el Registro Civil de Bella Vista en diciembre de 1970, de donde se llevaron gran cantidad de libretas de enrolamiento en blanco y partidas de nacimiento, además del dinero recaudado ese día²⁹.

Las acciones para obtener armas, dinero y logística que se firmaban constituían necesariamente propaganda armada. De todas formas, existían operativos que tenían por único objetivo la propaganda. El ejemplo por excelencia de este tipo de hechos fue el secuestro y ejecución de Aramburu. Otro caso muy frecuente de una acción de pura propaganda armada consistía en la colocación de artefactos explosivos en un blanco determinado, normalmente símbolos del imperialismo y el “gorilismo”, o en viviendas de personajes del “campo antipopular”. Tales fueron los casos del atentado contra la sede del Jockey Club en Santa Fe³⁰ y de la voladura de la casa de Joaquín Durand en Salta en marzo y abril de 1971 respectivamente³¹. Otro caso de propaganda armada fue la toma de la Casa de Tucumán en

²³ Diario *Clarín*, 30-12-70, p. 35

²⁴ Diario *Clarín*, 17-03-71, p. 27

²⁵ Diario *Clarín*, 30-01-71, p. 5

²⁶ Diario *Clarín*, 20-02-71, p. 16

²⁷ Diario *Clarín*, 25-06-71, pp. 29 y 42

²⁸ En los documentos vacíos se agregaba la foto y el nombre ficticio. En documentos de otros se cambiaba la foto y se adoptaba la identidad del dueño original.

²⁹ Diario *Clarín*, 16-12-70, p. 46

³⁰ Diario *Clarín*, 19-03-71, p. 25

³¹ Diario *Clarín*, 03-04-71, p. 16. Durand era propietario del supermercado Salta, y se suponía que había sido el autor de los disparos que habían acabado con la vida de un joven que participaba de una manifestación en noviembre del año anterior.

febrero del mismo año, operativo cargado de simbolismo pero sin ningún resultado práctico inmediato³².

Una de las inquietudes de la guerrilla al momento de decidir una acción de propaganda armada era que fuera comprendida por la población. De la misma manera, en ocasiones se buscaba realizar acciones que ligaran la actividad armada con las luchas de los trabajadores. Un caso en ese sentido fue la ocupación y quema parcial en Victoria, Provincia de Buenos Aires, de la casa de un alto funcionario de Chrysler en mayo de 1971, en momentos en que esa empresa se encontraba en conflicto con sus obreros. Después del operativo se distribuyó un comunicado en el que la “Unidad Básica de Combate 17 de Octubre” de Montoneros se atribuía el hecho y lo vinculaba al conflicto laboral³³.

Durante todo el año 1971, el único operativo realizado por Montoneros que implicó el despliegue de una logística importante fue la toma de San Jerónimo Norte, población de cinco mil habitantes situada unos cuarenta y cinco kilómetros al oeste de la ciudad de Santa Fe. Por el despliegue y el grado de preparación y sincronización que implicó, esta operación merece un breve relato.

La acción se inició el 1º de junio a la una de la mañana, mediante el robo de cuatro automóviles en un garage de la ciudad de Santa Fe. Los vehículos fueron abastecidos de combustible y partieron por la ruta con destino a San Jerónimo. Un automóvil quedó en el camino de entrada al poblado haciendo de “contención”, mientras que los otros tres continuaron la marcha. Al entrar al pueblo, los guerrilleros se dividieron en varios grupos. Un contingente tomó la central telefónica y cortó todas las comunicaciones; otro fue a la comisaría, donde redujo a la guardia y se apoderó de numeroso armamento; otros dos grupos ocuparon la Comuna y el Juzgado de Paz. Finalmente, un quinto contingente redujo en sus domicilios al gerente, al tesorero, al contador y a un empleado del banco y obligó a todos -con sus correspondientes familias y personal de servicio doméstico- a dirigirse al local bancario, de donde los montoneros se llevaron el dinero. En las paredes externas e internas de los edificios ocupados los guerrilleros pintaron con aerosol leyendas identificando a los comandos intervinientes en la toma y escribiendo diferentes consignas políticas. Luego subieron a los vehículos y huyeron en dirección oeste, sembrando el camino de clavos “miguelito”. Cambiaron de automóviles cerca del límite de Santa Fe y Córdoba y desaparecieron sin dejar rastro³⁴. En la acción, Montoneros divulgó el siguiente comunicado:

³² Diario *Clarín*, 15-02-71, p. 17

³³ Diario *Clarín*, 27-05-71, p. 34; Diario *La Opinión*, 28-05-71, p. 10.

³⁴ Por la toma de San Jerónimo Norte diario *La Opinión* del 02-06-71, p. 1, 9 y 10 y del 03-06-71, p. 9.

“Santa Fe, 1º de junio de 1971. Al pueblo de la Nación: nuestro compromiso de combatientes peronistas nos suma, diariamente, en esta lucha sin cuartel que la guerra revolucionaria del pueblo desarrolla contra los ‘gorilas’ y vendepatrias, entregados al imperialismo. Así fieles a esa consigna, hemos ganado una nueva batalla para devolver al pueblo lo que, por propio derecho, le corresponde. En el día de la fecha siendo las 3 horas, nuestras unidades básicas Eva Perón, Fernando Luis Abal Medina y Carlos Gustavo Ramus, procedieron a ocupar la localidad de San Jerónimo Norte, tomando su comisaría, central telefónica, juzgado de paz. El pueblo descamisado ya ha elegido. Evita misma iluminó el camino: ‘no mendigo derechos de rodillas sino luchando y de pie como luchan los pueblos que quieren ser libres’. Por el retorno de Perón y el pueblo al poder. Por una patria justa, libre y soberana. Perón o muerte, viva la patria”³⁵.

Como puede observarse, los objetivos mencionados eran pocos y amplios y el mensaje fácilmente entendible. Esta operación implicó que las UBC de Santa Fe se vieran reforzadas con algunos militantes de experiencia de otras regiones. En la toma, Montoneros puso en juego una parte considerable de su frágil estructura. Se trataba, en menor medida, de la misma impronta que habían tenido los hechos fundacionales, es decir al “todo o nada”. Los jefes montoneros eran plenamente conscientes de que se jugaba permanentemente al límite, pero actuaban así porque la idea no era construir una organización a partir del ingreso de guerrilleros “de a uno” sino ganar prestigio ante las masas. Se trataba de un concepto foquista, muy en boga por aquellos años: se suponía que la reconstrucción y crecimiento posterior se vería facilitada por el prestigio ganado y por la elevación de la conciencia de las masas. En la práctica, la historia de Montoneros en los años siguientes tuvo bastante que ver con ese cálculo.

La toma de San Jerónimo tuvo una gran repercusión mediática. Se trataba de la primera vez en casi un año que Montoneros aparecía recurrentemente en las tapas de los principales diarios con motivo de una operación armada. Por esos días, el titular de un importante matutino hablaba de la “reaparición” de Montoneros, que “desde la muerte de Abal Medina sólo había actuado en episodios menores”³⁶.

Además de no realizar hechos de envergadura –a excepción del descripto-, en aquel tiempo Montoneros no se destacó tampoco por accionar frecuentemente. De hecho, entre octubre de 1970 y agosto de 1971 se realizaron un promedio de tres operativos mensuales

³⁵ Diario *Clarín*, 03-06-71, p. 33.

³⁶ Diario *La Opinión*, 02-06-71, p. 9.

firmados³⁷. Prácticamente dos tercios de esas acciones se llevaron a cabo en Buenos Aires, que a su vez es la única región que registra por lo menos un operativo todos los meses. En Córdoba se realizó un operativo firmado cada 37 días, en el noroeste –Tucumán y Salta- uno cada 42 días y en Santa Fe uno cada 52 días³⁸. Fuera de estas cuatro regiones, sólo se registró una acción montonera: el asalto a un banco en Corrientes. Es decir que -salvo el caso de Buenos Aires- el resto de las regiones no llegaban a realizar ni siquiera una acción firmada por mes³⁹. Los números en los meses siguientes no variaron demasiado: entre septiembre de 1971 y marzo de 1972 Montoneros realizó un promedio de 3,5 operativos armados cada treinta días. Los pocos operativos sugieren una infraestructura precaria, lo mismo que el hecho de que no se registren acciones en los lugares en los cuales Montoneros intentó hacer pie durante 1971, como Rosario y Mendoza.

Debe tenerse presente que, además de los operativos firmados, Montoneros y el resto de las organizaciones armadas realizaban otros en los cuales no se identificaban. En la práctica, estos últimos eran bastantes más que los primeros. Debe pensarse, por ejemplo, que prácticamente todas las acciones implicaban el robo en los días u horas previas de uno o más vehículos para llevarse a cabo, y este tipo de hechos no se firmaban. De la misma forma, los desarmes a policías en la calle eran frecuentes y esos hechos muchas veces no llevaban firma o no trascendían a los medios de comunicación. En cualquier caso, se trataba de episodios menores y que demandaban una ínfima logística.

4. José Sabino Navarro, el Primer Gran Congreso Nacional y la primera Conducción Nacional⁴⁰

³⁷ Esta estadística fue confeccionada en base a la revista *Cristianismo y Revolución* y a los diarios *La Nación* y *Clarín*. Para comparar a Montoneros con el resto de las organizaciones armadas (ver el punto que sigue) se toma hasta agosto de 1971 justamente porque hasta ese mes *Cristianismo y Revolución* sacó una cronología de todos los hechos armados día por día, identificando cuando se podía a sus autores. Para este trabajo se tomó esa cronología y por lo menos unos de los dos diarios mencionados, cubriendo de esa manera con dos medios todo el período. Desde ya hay un previsible margen de error, pero que no invalida lo que los números expuestos están mostrando.

³⁸ Para establecer el promedio de una región se toma como punto de partida la fecha del primer operativo armado firmado y en consecuencia no se tienen en cuenta los meses anteriores.

³⁹ No se pierde de vista que el cómputo de acciones armadas firmadas no es una tarea demasiado sencilla. Es probable que muchas no llegaran a los medios por diversos motivos, como también sucedía que había grupos que firmaban como “Montoneros” sin estar encuadrados dentro de la organización. En general ello se hacía por estar identificados con la agrupación y de hecho Montoneros –a diferencia de las FAP- no condenaba esa práctica. Estos riesgos no invalidan la tesis general que los números reflejan y que se pretende demostrar: que los operativos armados de Montoneros eran escasos y en general de poca envergadura y que la organización estaba lejos de ser la más activa.

⁴⁰ Además de los testimonios se relevó el documento de Montoneros: “Boletín interno N° 1, primera quincena mayo 1973”, en Baschetti, Roberto: *Documentos (1970-1973)*. De la guerrilla peronista al gobierno popular, La Plata, De La Campana, pp. 568-617.

Durante el tiempo en que Montoneros fue más una suma de diferentes regiones que una verdadera organización nacional, el intento de coordinar e ir ensamblando a las partes fue llevado adelante por el jefe de Buenos Aires. Hasta septiembre de 1970, la tarea estuvo a cargo de Fernando Abal Medina, y tras su muerte recayó en el ex obrero José Sabino Navarro. Entre fines de 1970 y comienzos de 1971 Sabino viajó por todo el país: se quedaba uno o dos días en cada lugar en donde había presencia montonera y partía nuevamente, en una tarea que demandaba un gran esfuerzo personal.

El principal objetivo del nuevo coordinador era recoger y transmitir la experiencia de las diferentes regiones: cómo se organizaban, qué problemas tenían y cómo se intentaba resolverlos. Con este intercambio se pretendía ir homogeneizando la organización, para que dejara de ser la suma de varias partes y se transformase en un todo. Como coordinador nacional, Sabino asumió la jefatura “de hecho” de Montoneros, lo cual no debe llamar a engaño, ya que se manejaba con un gran sentido político y –por los motivos expresados anteriormente- no había demasiado margen para que diera órdenes a militantes que no fueran de Buenos Aires.

Sabino había sido uno de los sobrevivientes del combate de William Morris, en el que muriera Abal Medina. A fines de junio de 1971, el jefe de Montoneros vivió otro episodio de alto riesgo en Villa Ballester. En efecto, en la madrugada del día 25 fue sorprendido por un patrullero policial mientras se encontraba con otra persona en un auto estacionado en una calle oscura. Dos agentes le ordenaron bajarse del vehículo y Sabino obedeció, pero una vez afuera desenfundó un arma y los mató. Poco tiempo después el jefe guerrillero se trasladó a Córdoba⁴¹. El 13 de julio la policía anunció que lo buscaba, acusado de ser el autor de la muerte de los dos policías sucedida tres semanas antes⁴². Algunos días más tarde Montoneros dio a conocer un comunicado reconociendo la participación de Sabino en la muerte de los dos agentes.⁴³

El 22 de julio, finalmente, comenzó el principio del fin para el jefe de Montoneros. Ese día, junto con otros guerrilleros, robó tres vehículos en la ciudad de Río Cuarto. A raíz del suceso, se produjo un tiroteo con la policía y fue herido y detenido el montonero Cecilio Manuel Salguero. Sabino y el resto lograron huir, produciéndose a partir de ese momento una persecución cinematográfica que duró una semana y derivó en la muerte del montonero Juan Antonio Díaz, la detención de Jorge Cottone y finalmente la muerte del propio Sabino. La

⁴¹ Diario *Clarín*, 26-06-71, p. 17. José Amorín manifiesta que el traslado a Córdoba se trató de una sanción debido a que Sabino había violado las normas de seguridad al encontrarse con una mujer en un auto en horas de la madrugada.

⁴² Diario *Clarín*, 14-07-71, p. 29. No era la primera vez que el nombre de Sabino Navarro aparecía en los medios, ya que en su oportunidad se lo había vinculado también al secuestro de Aramburu, aún cuando probablemente no había tenido participación directa en el hecho

⁴³ Diario *Clarín*, 16-07-71, p. 23.

participación del jefe montonero en por lo menos tres sucesos armados que incluyeron tiroteos, heridos y muertos en menos de un año constituye un indicio fuerte del permanente riesgo al que se veían sometidos los guerrilleros en su vida cotidiana.

En agosto de 1971 Montoneros ya había realizado su Primer Gran Congreso Nacional en Buenos Aires. Ello fue posible en gran medida debido al trabajo realizado por el fallecido jefe la organización en los meses previos. En la reunión participaron militantes de Córdoba, el noroeste, Cuyo, Santa Fe y Buenos Aires. Entre sus principales conclusiones, se decidió que cada región conformara su propia dirección. La idea era que en un lapso no mayor a dos meses los guerrilleros de cada zona eligieran de entre ellos a cuatro o cinco compañeros para que se transformaran en la conducción regional, que debería además contar con un jefe. La Conducción Nacional, finalmente, estaría integrada por los jefes de cada una de las regionales y sería –ahora sí–, la cabeza de una verdadera organización nacional.

Recién en diciembre de 1971 hubo oportunidad de realizar la primera reunión de Conducción Nacional. A la misma asistieron los jefes de las seis regionales formalizadas en los meses previos: Buenos Aires, Córdoba, Litoral, Noroeste, Noreste y Cuyo. En el encuentro, un proyecto de “Línea Político Militar” elaborado por la Conducción Regional de Buenos Aires se presentó a consideración. Se trataba del primer documento interno que trataba en forma integral todos los aspectos que hacían a la estrategia y a la táctica de la organización, que fue aprobado en el encuentro siguiente⁴⁴.

5. La percepción sobre la guerrilla y Montoneros a mediados de 1971

Sobre todo desde mediados de 1970, las organizaciones armadas revolucionarias le impusieron su sello a la realidad nacional⁴⁵. A comienzos de 1971, además de Montoneros, los grupos más importantes de signo peronista eran las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y Descamisados. Entre las de identidad marxista, los de mayor presencia eran el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL).

⁴⁴ En esa misma reunión de Conducción Nacional, se decidieron algunos temas referidos a la vida interna de la organización. Entre otras cosas, se decidió trasladar a Mario Firmenich -de la Dirección Regional de Buenos Aires- de Buenos Aires a Córdoba, con el fin de aportar al desarrollo de esa zona, que se consideraba de importancia estratégica.

⁴⁵ En algunos casos se trataba de agrupaciones con presencia en los principales puntos del país, mientras que en otros eran simples expresiones locales. Algunas estaban relativamente consolidadas, mientras que otras recién comenzaban a operar, en muchos casos con la intención de sumarse a alguna de las organizaciones principales.

De todas, la organización político-militar más activa era por lejos el ERP. Entre octubre de 1970 y agosto de 1971, este grupo realizó más de diecisiete operativos firmados por mes⁴⁶. Le seguían las FAL, con cuatro acciones armadas mensuales. Tal como se mencionó anteriormente, Montoneros registraba tres acciones firmadas por mes. Detrás venían las FAP, que no llegaban a dos, luego las FAR, cuyo promedio apenas superaba un hecho armado cada treinta días y finalmente Descamisados, con menos de un operativo reconocido públicamente por mes.

La prensa solía otorgarle gran cobertura a la actividad guerrillera. Algunos sucesos, incluso, llegaban a ocupar las portadas de los principales diarios del país durante varios días. Durante los primeros meses de 1971 hubo dos casos particularmente difundidos y comentados: la muerte del Teniente Mario César Asúa en manos de las FAR, ocurrido el 29 de abril de 1971⁴⁷, y el secuestro de Stanley Silvester, cónsul inglés y gerente de la empresa Swift, sucedido el 23 de mayo⁴⁸.

Las particularidades del secuestro de Silvester hicieron decir a un prestigioso matutino que el hecho implicaba la “institucionalización” de la guerrilla en la Argentina⁴⁹. Fue también el suceso del cónsul inglés, sumado a la toma de San Jerónimo Norte por parte de Montoneros, lo que originó una nota en el diario *La Opinión* titulada “La guerrilla quiere afianzarse como protagonista de la escena política”, y que entre otras cosas afirmaba: “la guerrilla urbana es una

⁴⁶ Sobre estas estadísticas, ver nota 37.

⁴⁷ La muerte del militar se produjo con motivo del asalto a un camión cargado de armamento que se dirigía por la Ruta 8 a la guarnición de Campo de Mayo. La enorme repercusión del suceso respondió sobre todo al hecho de que Asúa era el primer oficial de las Fuerzas Armadas en actividad muerto por la guerrilla. En el hecho fue gravemente herido el chofer –un conscripto- y diez soldados que formaban la custodia quedaron maniatados al borde del camino. Comprensiblemente, el hecho causó particular conmoción en las filas del Ejército, lo que explica la presencia del Presidente de la Nación y su mujer en el velorio del oficial fallecido. Revista *Primera Plana* N° 431, 04-05-71, p. 12; Diario *Clarín*, 02-05-71, p. 27.

⁴⁸ El secuestro del gerente de Swift tuvo lugar en la ciudad de Rosario. El ERP argumentó la responsabilidad del inglés en los magros sueldos del establecimiento y en la dependencia de la empresa de Deltec International, “expresión del imperialismo norteamericano”. No pidieron rescate, sino el cumplimiento de una serie de condiciones, que implicaban entre otras cosas el pago de salarios atrasados, la reincorporación de obreros suspendidos y el reparto de alimentos entre los obreros del frigorífico y de enormes cantidades de frazadas, ropas y víveres en barriadas pobres cercanas a la empresa. Tras una semana de negociaciones la empresa cedió a todas las demandas y Silvester fue liberado. El caso tuvo todos los condimentos de una acción de propaganda armada perfecta: enorme repercusión mediática, demostración de la eficacia de la guerrilla y de la impotencia del estado, relación directa con un conflicto obrero y logros concretos para los trabajadores de la empresa y los pobladores de la zona. Por si todo eso fuera poco, fue totalmente incruento. (Diario *La Opinión*, 26-05-71, p. 9).

⁴⁹ Agregaba la nota que los innumerables y vanos movimientos de las fuerzas de seguridad para dar con los secuestradores había puesto en evidencia “la ineficacia y burocratización de los servicios de inteligencia y seguridad que evidentemente fueron tomados por sorpresa y se demostraron impotentes”, lo que imponía urgentemente “una revisión a fondo de todo el sistema de inteligencia y represión del Estado (Diario *La Opinión*, 29-05-71, p. 8).

forma de acción política y militar que adquirió, en el curso de los últimos dos años, un creciente peso: las organizaciones armadas clandestinas son ya protagonistas de la vida argentina”⁵⁰.

En efecto, hacia mediados de 1971 la presencia amenazante de las organizaciones armadas era un dato inocultable⁵¹. ¿Cómo era percibido Montoneros en particular dentro de ese contexto? Un artículo acerca de la guerrilla publicada en el diario *La Opinión* en mayo de 1971, a raíz del secuestro del cónsul inglés, llevaba por título: “el ERP aparece como el grupo más activo y audaz en todo el país”⁵². “Los grupos principales, además del ERP, -agregaba la nota- son las Fuerzas Armadas Peronistas, las Fuerzas Armadas Revolucionarias, las Fuerzas Armadas de Liberación⁵³ y Montoneros”. En este caso Montoneros aparece, junto con otras agrupaciones, en un segundo plano, detrás del ERP.

Un extenso informe sobre la guerrilla publicado por la revista *Primera Plana* en julio del mismo año, titulado “los herederos del Che” comenzaba diciendo: “Hasta ahora, los grupos más eficaces y asiduos en la noticia han sido cuatro: FAL, FAP, FAR y ERP”, para aclarar a renglón seguido: “Con operaciones más restringidas se puede incluir a los Montoneros, MRA (Movimiento Revolucionario Argentino), ELN (Ejército de Liberación del Norte) y el FRP (Frente Revolucionario Peronista). Otros grupos, organizaciones y comandos se agregan a la lista”⁵⁴.

Resulta notable que Montoneros no sea incluida entre las organizaciones que más operaban, cuando en realidad realizaba más acciones que FAP y FAR, que aparecen en la nota como más activas. Ello tal vez se explique a partir de la espectacularidad y repercusión de los

⁵⁰ Diario *La Opinión*, 02-06-71, p. 10.

⁵¹ Entre los innumerables síntomas de esta realidad, puede mencionarse el hecho de que durante el mes de julio, y con una diferencia de apenas cuatro días, dos figuras de la talla del presidente Alejandro Agustín Lanusse y el Cardenal Antonio Caggiano plantearon públicamente sus advertencias ante aquella temida manifestación política. Primero fue el Comandante en Jefe del Ejército, quien en su mensaje del día 7 a las Fuerzas Armadas dijo que estas últimas reafirmaban “su compromiso supremo de defender a la Nación ante cualquier subversión, el terror o el crimen institucionalizado en forma de expresión política”, para luego agregar: “que nadie se equivoque: contra los perturbadores, agentes del caos y la violencia, las armas de la patria están en guerra; ese enemigo debe saber que si pone en juego sus vidas, en su lucha oscura y cobarde, no dudarán un instante en cobrarse de ellas, si la situación las lleva al combate”. (Diario *Clarín*, 08-07-71, p. 22). El 11 de julio, por su parte, Caggiano manifestó que existía un trabajo marxista, que estaba mentalizando a la Universidad, a la juventud e incluso a hombres de la Iglesia., y que se trataba de “una verdadera guerra psicológica” que tendía, “sobre todo, a la destrucción de la moral y a la implantación de la violencia”. El Cardenal dijo además que “con bombas, con raptos, privando de legítimos bienes y vidas”, se pretendían conseguir propósitos que sólo en apariencia eran “notables”. Finalmente, condenaba la actitud de algunos clérigos y hombres de la Iglesia que adherían, aunque fuere pacíficamente, a ese proceso revolucionario “negativo y contrario a la doctrina social de la Iglesia”. (Diario *Clarín*, 12-07-71, p. 13).

⁵² Diario *La Opinión*, 26-05-71, p. 9.

⁵³ En realidad las FAL eran las Fuerzas Argentinas de Liberación.

⁵⁴ Revista *Primera Plana* N° 442, 20/07/71, p. 37-40.

primeros operativos montoneros. De los que le siguieron, sólo la toma de San Jerónimo Norte puede ser comparado desde el punto de vista logístico con La Calera, y ninguno pudo acercarse ni remotamente a la repercusión del Aramburazo. Lo que siguió a esos operativos fueron sobre todo detenciones y muertes de los propios guerrilleros, lo que puede haber ayudado a alimentar la percepción de que la agrupación había apuntado demasiado alto y estaba en franca retirada. Lo cierto, en cualquier caso, es que la realidad de Montoneros en ese entonces no difería demasiado de la que sugiere la investigación de *Primera Plana*: se trataba de una organización con presencia en varios puntos del país, pero que en cada lugar contaba con un puñado de militantes sin demasiada infraestructura y que a duras penas mantenían el contacto entre ellos.

6. Caer y volver a levantarse

Como se explicó al comienzo, tras los sucesos de William Morris Montoneros tuvo varios meses de relativa calma, lo que le permitió comenzar a reorganizarse. De todas formas, sobre todo a partir de mediados de 1971 las muertes y las detenciones volvieron a estar a la orden del día.

En febrero de 1971 se sucedieron las primeras caídas en meses, en este caso en Santa Fe. Montoneros había alquilado, a través de una pareja de colaboradores, una casa en la ciudad para trasladar una gran cantidad de explosivos que habían sido robados casi un año antes y estaban guardados en una casa-quinta. Cuando se llevaban trasladados alrededor de mil kilos, la policía sospechó algo y el 18 de febrero allanó la vivienda alquilada. A partir de las pesquisas, cayeron dos colaboradores y tres montoneros. También fueron descubiertas varias toneladas de explosivos que aún quedaban en la casa-quinta⁵⁵.

Exactamente un año después los montoneros de la ciudad de Santa Fe sufrieron un nuevo golpe. En efecto, el 18 de febrero de 1972, un grupo de tres guerrilleros se apersonó en la casa del intendente de la ciudad, Conrado Puccio, con el objeto de secuestrarlo. Cuando tocaron el timbre, Puccio desconfió y disparó un tiro a través de la mirilla. Como consecuencia fue herido de muerte el montonero Oscar Alfredo Aguirre, cuyo cadáver fue enterrado en el patio de la casa de otro militante. A raíz de este suceso, la policía comenzó una investigación que terminó con el descubrimiento del cadáver y el apresamiento de once montoneros, un número elevadísimo para la realidad de la organización en ese momento⁵⁶.

⁵⁵ Los detenidos fueron Antonio Riestra, su hermana Nora María del Carmen y su mujer María Esther Marteleur Entrevista del autor a Antonio Riestra; Diario *Clarín*, 19-02-71, p. 16.

⁵⁶ Entre los detenidos se encontraba Ricardo René Haidar, quien era el jefe de la recientemente creada Regional Litoral de Montoneros y sería uno de los sobrevivientes de la Masacre de Trelew en agosto de 1972 Los otros detenidos fueron Eduardo Ramírez y su esposa Raquel Bolcatto de Ramírez; Alcides

En junio de 1971 fue el turno de la estructura de Córdoba: en un allanamiento realizado en una vivienda fue apresada una unidad de combate completa, integrada por siete guerrilleros que celebraban una reunión. Además de las detenciones, la policía secuestró armamento, pelucas y diversa documentación⁵⁷. Los Montoneros de Córdoba volvieron a padecer serios inconvenientes en diciembre de 1971, cuando dos militantes murieron en una vivienda a raíz de la explosión de una bomba que estaban manipulando. A partir de las investigaciones que se derivaron del suceso, otros tres guerrilleros fueron detenidos al día siguiente⁵⁸.

La estructura de Tucumán, por su parte, sufrió dos duros golpes durante el segundo semestre de 1971: el 30 de agosto fueron apresados los montoneros Fernando Vaca Narvaja y Edmundo Candiotti⁵⁹, y entre fines de noviembre y principios de diciembre cayeron otros cuatro guerrilleros.⁶⁰ Como consecuencia, desde diciembre de ese año y por varios meses en el noroeste no se registró una sola acción armada de Montoneros.

En el Gran Buenos Aires también se produjo un suceso trágico para Montoneros, cuando el 18 de marzo de 1972 un comando de la organización intentó secuestrar en su vivienda al dirigente de Nueva Fuerza Roberto Uzal. Este último se resistió a balazos, producto de lo cual se desató un intenso tiroteo que derivó en la muerte del propio Uzal y del guerrillero Jorge Guillermo Rossi, cuyo cuerpo fue retirado del lugar por sus compañeros. Algunos días más tarde las fuerzas de seguridad hallaron el cadáver de Rossi y detuvieron a cuatro guerrilleros⁶¹.

Francisco Godano y su esposa Williner de Godano; Sara Haidar, esposa de Ricardo; las hermanas Isabel y Raquel Mac Donald; Marcelo Nivoli; Carlos González y Amalia Itti. (Diario *La Nación*, 19-02-72, p. 5; 23-02-72, p. 1 y 20; 24-02-72, p. 4; 26-02-72, p. 4; 27-02-72, p. 11 y 01-03-72, p. 6.

⁵⁷ Entre los detenidos se encontraba Mariano Pujadas, quien tenía pedido de captura por la toma de La Calera en junio de 1970 y sería fusilado por la Marina en Trelew. Además de Pujadas, fueron detenidos María Zaida el Ganame, Zulema Josefina El Ganame, Gladis, Olga Scorza, Adriana Esper de Maggio, su esposo Roque Maggio y Carlos María Suárez. (Diario *Clarín*, 23-06-71, p. 31 y 24-06-71, p. 31).

⁵⁸ Los muertos fueron Efraín Antonio Salatín y Mario Oscar Lépole, y los detenidos Cesar Alberto Bresan, José Hernández, Carlos Soria. (Diario *Clarín*, 17-12-71, p. 28 y 18-12-71, p. 16)

⁵⁹ Diario *La Nación*, 31-08-71, p. 6 y 01-09-71, p. 12

⁶⁰ Entre los detenidos en diciembre se encontraba Susana Lesgart, quien al igual que Pujadas fue fusilada en Trelew, mientras que su pareja Fernando Vaca Narvaja estuvo entre quienes lograrían huir del penal de Rawson pocos días antes de aquella masacre. Los otros detenidos de Montoneros fueron Carlos Figueroa y Rosa del Carmen Quinteros, ex dirigentes del Movimiento Rural Católico, y Jorge Raúl Mendé. Los detenidos de las FAR fueron Héctor Pedro Pardo y Luis Moya Tasquer. Además de los montoneros, fueron apresados algunos integrantes de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), organización que en Tucumán mantenía un estrecho vínculo con Montoneros. (Diario *La Nación*, 28-11-71, p. 12; 02-12-71, p. 28 y 03-12-71, p. 23.

⁶¹ Los detenidos fueron Bernabé Antonio Cevallos, Alberto Pedro Yakowitz y dos mujeres cuyos nombres no aparecen en los diarios de esos días. (Diario *La Nación*, 19-03-72, p. 14; 20-03-72, p. 4; 21-03-72, p. 1; 20 y 23-03-72, p. 1 y 13 y 26-03-72, p. 10).

Finalmente, un mes después de la muerte de Rossi le tocó el turno a los Montoneros de Rosario. Con motivo de la muerte del general Sánchez en manos de un comando de FAR y ERP el día 10 de abril, las fuerzas armadas y de seguridad desplegaron un impresionante operativo que incluyó infinidad de allanamientos. Uno de ellos, realizado el mismo día en horas de la noche, derivó en un tiroteo en el que fueron heridos los montoneros René Oberlín y Juan Ernest, quienes fueron detenidos junto con otros tres guerrilleros. En la vivienda se incautaron armas, patentes de automóviles y elementos para fabricación de bombas⁶².

El daño con motivo de estos sucesos no se limitaba a la caída de algunos militantes o a la pérdida de una casa operativa, armamento y logística. Junto con los militantes encuadrados dentro de la organización solían caer colaboradores, que a pesar de que muchas veces eran liberados, se veían obligados a desligarse de la organización. Por otra parte, a partir de la delación o del mero atado de cabos solían ser identificados otros militantes que debían automáticamente pasar a la clandestinidad, debiendo normalmente partir con nuevos destinos. También había que “levantar” los lugares que un preso conocía⁶³. A todos aquellos daños y dificultades materiales, se le agregaba el temor y la sensación de vulnerabilidad que las caídas cercanas generaban.

El ingreso de nuevos militantes en general apenas alcanzaba para compensar las bajas que por muertes y detenciones se daban periódicamente. Es que el reclutamiento de nuevos integrantes era un proceso lento y meticuloso. Ello no se debía a que no hubiera interesados en incorporarse a la agrupación, sino al fantasma de la infiltración, que estaba siempre presente. Muchos de los grupos de militantes peronistas que venían de la época de la Resistencia, por ejemplo, estaban infiltrados por diversos organismos de inteligencia. En consecuencia, las incorporaciones eran bastante personalizadas e implicaban una prolongada evaluación. Por todos estos motivos, durante 1971 la mayoría de las incorporaciones provenía de los ámbitos en los cuales los montoneros originales habían iniciado su militancia.

Como consecuencia de las permanentes bajas y de las incorporaciones personalizadas, el “aparato” montonero de comienzos de 1972 no era mucho más grande que el de comienzos de

⁶² Los restantes detenidos fueron María Luisa Cerviño, Ana Larraute de Oberlín (mujer de René) y Héctor Viecho. (Diario *La Nación*, 14-04-72, p. 4; 15-04-72, p. 5 y 21-04-72, p. 6; Diario *La Opinión*, 11-04-72, p. 1).

⁶³ Este proceso consistía en retirar lo más rápidamente posible todo lo que fuera útil –dinero, armas- o lo que pudiera brindar información a las fuerzas de seguridad –documentación-. Cuando esto sucedía se montaba una discreta guardia cerca de la vivienda para ver si la misma había sido “cantada”, y pasados varios días sin novedades se la ocupaba nuevamente. Cuando el detenido era un guerrillero de jerarquía, como en el caso de Fernando Vaca Narvaja en Tucumán, Ricardo René Haidar en Santa Fe o René Oberlín en Rosario, poseía mucha información y en consecuencia todo este proceso se veía potenciado.

1971. Al margen de las muchas relaciones que pudiera haber con los frentes de masas, el desarrollo en ese sentido tampoco era importante. Una prueba de ello fue que recién en el segundo semestre de 1971 se diseñó una “ingeniería” para establecer una relación orgánica con esos frentes, mediante la creación de las Unidades Básicas Revolucionarias (UBR)⁶⁴. Se trataba de un nuevo nivel dentro de Montoneros, por debajo de las UBC, que debía hacer de nexo entre estas últimas y las organizaciones de superficie⁶⁵.

7. Consideraciones finales

De la descripción de la situación de Montoneros entre fines de 1970 y comienzos de 1972 se desprende que la realidad de la organización era sumamente precaria. En ese sentido, seguramente no difería del resto de las agrupaciones guerrilleras, con la probable excepción relativa del ERP. Las evidencias son múltiples: durante mucho tiempo no hubo verdadera unión y coordinación entre las diferentes regiones; el primer congreso nacional se llevó a cabo recién en agosto de 1971; las regionales se formalizaron hacia finales del mismo año; la primera reunión de Conducción Nacional se realizó en diciembre, es decir un año y medio después del nacimiento de la organización. Este cúmulo de circunstancias derivó en que los debates sobre temas en los que no había pleno acuerdo no se pudieron dar en forma sistemática y profunda. En ese sentido, resulta sintomático que el primer documento interno que trazó una estrategia más o menos integral fuera redactado recién a fines de 1971 y aprobado a comienzos de 1972⁶⁶.

A todo esto, debe agregarse que los militantes de Montoneros eran escasos, la infraestructura mínima y los operativos armados pocos y de menor envergadura, con excepción

⁶⁴ A pesar de haber revisado numerosos documentos montoneros previos, el primero en el cual encontré referencias a las UBR fue en “Las armas de la Independencia hoy están apuntadas hacia el Pueblo”, publicado en *Cristianismo y Revolución* en el número de septiembre de 1971, pp. 13-15. En los documentos que siguen las UBR son mencionadas regularmente.

⁶⁵ La creación de las UBR respondió a la “necesidad impostergable de crear un puente, un nexo, un nivel intermedio” entre las organizaciones armadas y las organizaciones de base, una forma organizativa en la cual se complementarían y enriquecerían mutuamente “las dos patas de la lucha popular”. No se trataba de un aparato de superficie, sino de un nivel dentro de Montoneros sometido al mismo funcionamiento que el resto de la organización, es decir celular, compartimentado y dividido en zonas geográficas. La diferencia con las UBC consistía en que la clandestinidad de las UBR sería “abierto” en el sentido de que los activistas continuarían “insertados en la base” de la cual provenían, “para poder cumplir con su misión estratégica de cuadros medios o conductores tácticos de la movilización popular”. La función de las UBR sería la de constituirse en el canal de comunicación entre los combatientes y la base, organizando, esclareciendo y conduciendo política e ideológicamente a la clase trabajadora, conformando las agrupaciones de base y teniendo como método la guerra revolucionaria; en definitiva, convertirse en conducción táctica de las agrupaciones de los diferentes frentes. La creación de las UBR no significaba que Montoneros hubiera abandonado la idea de que la lucha armada era la tarea principal y de que los combatientes debían conducir estratégicamente al conjunto. Por el contrario, sostenían que la conducción estratégica de la guerra revolucionaria debía estar en manos de aquellos que desarrollaban “la forma principal de lucha” y que por lo tanto tenían la mayor claridad estratégica y llevaban el mayor peso de la guerra. (Lanusse: *op. cit.*, pp. 264-267)

⁶⁶ “Línea político-militar”, en Baschetti, *op. cit.*, pp. 249-270.

de San Jerónimo Norte. La prensa de la época, por otra parte, parecía coincidir con este diagnóstico. Cuando parecía que Montoneros se afianzaba, comenzó a recibir una serie de golpes demoledores. Las medidas de seguridad y la vida clandestina, finalmente, impedían incorporaciones masivas, que por ese mismo motivo en general apenas alcanzaban para reemplazar las caídas.

La paradoja de aquella situación era que la precariedad de Montoneros era a la vez un componente de su fortaleza. La existencia de una federación respondió más a la necesidad que a una estrategia premeditada, pero la gran autonomía de cada regional las tornaba menos vulnerables a las contingencias del resto. La imposibilidad práctica de debatir en profundidad los temas espinosos, por otra parte, hizo que la propia realidad política los fuera resolviendo, por lo menos en parte. La poca cantidad de militantes, a su vez, hacía que para las fuerzas armadas y de seguridad fuera difícil identificarlos y combatirlos. La infiltración, por ejemplo, era casi imposible en una organización que aún en las grandes ciudades no pasaba de unas pocas decenas de militantes. Las condiciones de vida clandestinas, finalmente, limitaban el crecimiento pero impedían que las caídas terminaran en un desastre total y definitivo.

Si Montoneros subsistió a pesar de los grandes golpes recibidos entre mediados de 1971 y comienzos de 1972, cabe suponer que no fue sólo por las ventajas mencionadas en el párrafo anterior. Los testimonios son unánimes en el sentido de que los hechos fundacionales le habían dado a la organización un enorme prestigio, que se tradujo en numerosas personas dispuestas a colaborar –entre ellas, viejos militantes políticos y sindicales del peronismo- y en gran cantidad de jóvenes deseosos de incorporarse a la organización⁶⁷. En cualquier caso, en 1971 no había en la realidad de Montoneros que *a priori* hiciera presagiar el crecimiento exponencial de 1972 y 1973 -o en todo caso, sólo el prestigio de los hechos fundacionales-. Con estos elementos a la vista, cabe suponer que la “explosión” encuentra sus causas en circunstancias y hechos posteriores, entre los cuales podrían arriesgarse una realidad socio-política muy dinámica, por una parte, y un par de decisiones concretas, por la otra. En este último sentido, los autores y los testimonios coinciden en el acierto político que implicó el apoyo a la salida electoral y la campaña del “Luche y vuelve”, que posibilitó el regreso de Perón al país tras diecisiete años de exilio.

⁶⁷ Esta circunstancia es destacada por todos los autores pero la recogí además de varios testimonios de gente que se incorporó a Montoneros en 1971 y 1972.